
La influencia de la sevillanía en la escritura costumbrista de Antonio Díaz-Cañabate.

Juan Carlos Gil González

A) SEMBLANZA DE UN VIVIDOR BOHEMIO.

Antonio Díaz-Cañabate y Gómez Trevijano, “El Caña” como era popularmente conocido, nació en Madrid allá por el mes de agosto del año del Desastre, y si viviera hoy habrían pasado por su memoria y prodigiosa pluma nada menos que tres siglos. No fue posible, abandonó el mundo de los vivos en septiembre de 1980 en un hospital de la ciudad de sus sueños y desvelos. La última cornada le sobrevino a los ochenta y dos años y su mala salud de hierro no pudo soportar el envite aciago de la muerte. Consumido por la vida disfrutada y desorientado en un mundo que no era el suyo, nos abandonó este peculiar personaje de la España de postguerra.

Viajante y juerguista vivió apasionadamente el Madrid de mitad de siglo, poblado de pícaros supervivientes del hambre, sirvientas beatas enamoradas de sotanas *opusinas* y soñadores de otra vida. Una capital con pinta de pueblo provinciano al que le infundían un sabor especial los cafés con bohemios, chicas de alterne, fascistas con pistolas en los bolsillos y locuaces tabernarios haciéndole a la vida el toreo de salón.

Díaz-Cañabate representaba la figura del *dandy* del buen vivir y del mejor comer en unos años blancos de hambre y negros de miseria. Por las callejuelas de la urbe buscaba con ahínco las tiendas de ultramarinos para comprar vino Valdepeñas y queso manchego, que luego degustaba en compañía de su amigo, el escultor Juan Cristóbal, en el caserón de su estudio.

Espíritu de español perezoso, reivindicador del escritor viviente de la ociosidad, nunca madrugó y siempre le tuvo terror a los horarios fijos. Esta fue la causa del abandono de la carrera jurídica tras haber aprobado las oposiciones de Secretaría Judicial. En el pueblo donde lo destinaron en pleno Pirineo aragonés arreciaba el frío y carecía de corridas de toros: pocos alicientes para una personalidad tan pizpireta y acomodada.

Fue un hombre con un matiz de melancolía que detestaba la soledad, de ahí su pasión por las tertulias noctámbulas y bulliciosas del viejo Madrid. Acaso por eso se rodeó de amigos, organizó viajes, propició fiestas, reuniones, tertulias... y aunque era un *bon vivant* (un señorito del todo Madrid) casi nunca tenía dos perras en los bolsillos.

Pero sin duda, donde más disfrutaba perdiendo el tiempo era en la taberna de su amigo y matador de toros de principios de siglo Antonio Sánchez, refugio estoico de tantos bebedores y vividores de una ciudad decimonónica. En ese templo, beber vino se convertía en un ritual sagrado, rodeado del humo de los cigarrillos de tabaco cuarterón que todo lo impregnaba. Allí, rodeado de tertulianos, daba buena cuenta de jarras de vino tinto departiendo sobre su pasado de chiquillo bien, sus inquietudes estudiantiles, sus correrías de mozo esperando a la costureras para acompañarlas a casa... Fabular historietas para escaparse del ensimismamiento del orden social en ese espacio tentador y sugerente era uno de sus pequeños caprichos que compartía casi a diario con José María de Cossío, Juan Cristóbal, Sebastián Miranda, Eugenio D'Ors, Julio Camba, González Ruano... en definitiva, con la flor y nata de la intelectualidad de la dictadura franquista.

Tras las horas disfrutadas poéticamente, la estampa habitual era que el alba lo sorprendiese vagabundeando por los recovecos de los callejones camino de su hogar. Solo con su bohemia y su chispeante humor realizaba ese ejercicio de memoria histórica, ese ajuste de cuentas con el pasado que se convierte en alianza y se transforma en abrazo de luces y sombras que se funde y confunde con la realidad.

Estos fueron los rasgos espirituales que caracterizaron a un escritor de periódicos que “ha pasado demasiado tiempo en el limbo, lugar que al no estar claramente definido como purgatorio, se confunde fácilmente con el infierno periodístico.”¹

B) SEVILLA Y ANTONIO DÍAZ-CAÑABATE: UNA RELACIÓN JUVENIL Y ESPECIAL

La gracia de Sevilla, su peculiar historia, su forma de vivir la feria, las tapas, las aceitunas gordales, el flamenco bien cantado... fueron un anzuelo sugestivo de sevillanía en el que Díaz-Cañabate picó desde la juventud. Cuando aún era estudiante de derecho en al Facultad Central de Madrid pudo escaparse a la Feria de Abril a disfrutar de sus sabores, olores y aroma exclusivo. El ímpetu juvenil suplía la comprensible carencia de *jayerles*. Así que, como desde el principio, sabía que no podría seguir el ritmo festero de sus talluditos acompañantes, el disfrute de los bienes materiales fue sustituido por los espirituales.

De Sevilla le gustó todo: las jovencitas vestidas de faralae “morenas y blancas, con sus correspondientes ojos de fuego despidiendo destellos, enmarcados sus rostros por unos velos que casi eran mantillas. En su porte, majestad. En su andar, gracia derramada. En su taconeo, sonar de castañuelas.”² Los rincones del Barrio Santa Cruz, los patios de vecinos con sus flores en primavera, con su mármol reluciente y fresco, junto al vivaz y dicharachero ambiente de la feria. ¡Y cómo no! las casetas y los manjares que en ella se degustan rompieron todos los esquemas y tópicos de nuestro joven madrileño. “Cuando comí una de las lonjas que me

1 Gil González, J.C: “El Planeta de Antonio Díaz-Cañabate” en Romero de Solís y García-Baquero: *Fiestas de toros y sociedad*. Sevilla, Fundación Real Maestranza de Caballería de Sevilla y Universidad de Sevilla, 2003. P. 587.

2 Díaz-Cañabate, A: *La llave de la feria*. Sevilla, Servicio de publicaciones del Ayuntamiento, 1983. P. 70.

ofrecieron, aquella lámina de tan fina transparente, me supo a manjar ignorado hasta entonces. ¡Aquello era jamón y lo demás cartón piedra!³

Lógicamente entre fiestas que se prolongaban hasta bien entrada la madrugada, entrada de toros, manzanilla, pensión y viaje, el corto presupuesto pronto llegó a su fin. A falta de numerario no le quedó más remedio que vagabundear por las calles de Sevilla. Ese día de un año perdido no pudo contemplar en el albero maestrante las faenas de El Gallo, Joselito y Belmonte, pero presenció como aficionado de excepción otra corrida tan emocionante como la del abono.

Los torerillos de Sevilla burlando con donaire y gallardía el navajazo del hombre-toro que embestía derecho pero sin encoger los brazos. Algo tan inexplicable como emocionante ver cómo la destreza del aspirante a torero, espoleado por los aplausos entusiastas de las mocitas, evitaba la tragedia que sobrevolaba el ambiente. Al final, según nos cuenta Díaz-Cañabate, la simulación de la corrida acabó con el torerillo en la Casa de Socorro, pues el chiquillo que embestía, ultrajado en su honra, se lo llevó por delante y le abrió el muslo izquierdo. Un reguero de sangre en la plazoleta fue la prueba evidente de que el estudiante de derecho no estaba soñando sino que había presenciado un vivencia cruel, desigual e inconcebible.

Éstas y otro sinnúmero de anécdotas han poblado la vida de Díaz-Cañabate que desde muy jovencito quiso haber nacido en Triana y tener los dones de Currito El Manco, un gitano de la calle San Jacinto que entre copas de aguardiente y cigarrillos cantaba flamenco como ninguno, y vivía tan ricamente. Con la sabiduría que da la experiencia y el oído más atento que imaginarse pueda, este trianero conocía todos los recovecos del cante de los gitanos puros. Esa pureza, sencillez y don de gentes que aprendió en la Feria de Abril después de tantos años de visita han sido algunos de los rasgos que han marcado la personalidad de este madrileño universal apasionado de Sevilla y enamorado de su gente.

B) PERIODISTA DE COSTUMBRES Y COSTUMBRISTA POR VOCACIÓN.

Ha sido catalogado como escritor costumbrista y su faceta de periodista apenas ha sido estudiada a pesar de su dilatada y fecunda colaboración con los diarios. Inició su relación con el mundo del papel impreso en los años de la II República cuando su amigo y poeta André Villeboeuf le encarga la redacción de crónicas de ambientes de la ciudad madrileña para ser publicadas en el periódico parisino *Le Figaro*.

La afición al mágico mundo de los toros nace en nuestro autor en la más tierna infancia: “a mí, mi abuelo me llevó a los toros cuando acababa yo de cumplir cuatro años, y desde entonces no he faltado a una sola corrida.”⁴ A pesar de esta afirmación, su labor de escritor de temas taurómicos, en el más amplio sentido del término, no se inicia hasta una edad bastante tardía, nada menos que con treinta y nueve años y por razones del azaroso destino. La causa principal fue, según nos cuenta Víctor Olmos, “la necesidad, en el año 1937, de hacerse con un carnet de la Unión General de Trabajadores (UGT), requisito para no ser detenido en el

3 Díaz-Cañabate, A: *La llave de la feria*. Sevilla, Servicio de publicaciones del Ayuntamiento, 1983. P. 71.

4 Díaz-Cañabate, A: *Historia de una taberna*. Madrid, Espasa-Calpe, 1997. P. 73.

Madrid de la Guerra civil española. Por eso, y sólo por eso, aceptó el compromiso de redactar unas biografías de toros y toreros para la monumental enciclopedia, *Los Toros*.⁵

Ahora bien, una vez que se inicia en la escritura taurina ésta ya fue una constante en toda su vida y se convirtió en una buena forma de ganarse el sustento. A mediados de los cuarenta estampó su firma en la revista taurina de la postguerra más prestigiosa y polémica. *El Ruedo* disfrutó de todos los personajes del mundo del toro que pululaban por ese especial planeta tan *sui generis* y tan auténtico de cuya creación sólo es responsable el ingenio de Cañabate.

Por tanto, Díaz-Cañabate gozaba ya, en el año 1958, de un prestigio notable cuando Luis Calvo, director de ABC de Madrid, lo rescató de la nómina de colaboradores y le hizo responsable de la influyente tribuna taurina del rotativo madrileño en sustitución de José María del Rey Caballero *Selipe*. Calvo “valoraba su pluma ágil y castiza, con la que había escrito dos populares obras costumbristas *Historia de una taberna* e *Historia de una tertulia* (la taberna del ex torero Antonio Sánchez (...)) y la tertulia del Café Lyon d’Ors) adonde su afición al buen comer y al buen beber y a la conversación le llevaron con mucha asiduidad.”⁶

Sin darse cuenta, el toreo se había convertido para él en experiencia humana, realidad histórica y nostálgica. Estas razones le llevaron a adoptar un compromiso en defensa de la pureza del toreo, entendido éste como espectáculo íntegro de toros fieros y hombres valientes, como bien puede comprobarse en las crónicas seleccionadas en este artículo.

Se puede sostener, tras la lectura de las crónicas, que en estos primeros años como responsable de la sección de toros del ABC, todavía mantiene una estructura cronológica y rectilínea en el modo de contar los hechos. Ahora bien, su sello personal se vislumbra en el tono circular y enigmático que destilan los textos, en los que la originalidad está por encima del dato, en los que la voluntad de estilo supera a la obligación de narrar los acontecimientos de forma cronológica.

Muestra de esta peculiar manera de enfrentarse a la redacción de este género periodístico está en los titulares de las crónicas. La información es sustituida por un aspecto de la ciudad de Sevilla (desde el aire sevillano, a la expresión ¡vaya tela!). En ellos no se resalta ni los triunfos ni los fracasos de los toreros, tampoco las cogidas de los mismos, uno de los momentos dramáticos más paradigmáticos y particulares de una corrida. Por regla general están constituidos por un sintagma nominal que avanza el tema de la crónica, es decir, y por exponerlo en la poética de Mallarmé, avanza la sensación de lo cosa y no la cosa misma.

Otra singularidad la encontramos en los arranques de sus textos, que son la prolongación y explicación de sus titulares. En ese párrafo introductorio muestra su pasión por el ambiente de Sevilla en Feria y con la primavera inundando las calles de olores y sabores frugales.

5 Olmos, V: *Historia del ABC. 100 años claves en la historia de España*. Plaza-Janés, 2002. P.405.

6 Olmos, V: op. cit. P. 406.

Esta expresión tan sevillana de ¡vaya tela! lo mismo se emplea ponderativa que peyorativamente. Se dice de una mujer guapa: ¡vaya tela! Se dice de una mujer con bigote: ¡vaya tela! En el tonillo está la diferencia. ¡Y qué bien aplican el tonillo conveniente estos sevillanos, dueños de la gracia del acento cantarín! A la salida de la tercera de Feria se oía: ¡vaya tela! La corrida había sido una lata.⁷

La finalización de esos comentarios suponen el pórtico de entrada perfecto para que el lector inicie la lectura de los hechos taurinos propiamente dichos. Con estas primeras palabras Díaz-Cañabate ha marcado sutilmente el sentido de las valoraciones de las faenas de los toreros. Si la corrida ha sido una lata, como se anuncia en la última frase, luego se comprobará el porqué de semejante y dura afirmación.

Para el epílogo de la crónica se guarda la síntesis del festejo, es decir, la ficha técnica comentada, en la que se destaca lo más sobresaliente y se obvia lo que no merece la pena que perviva en la mente de los aficionados. Sin embargo, este resumen ágil y concluyente está organizado de una forma muy peculiar: en él se vuelve a retomar el tema avanzado en el titular, es decir, que junto al resumen se hace referencia al hilo conductor del relato, convirtiendo el texto en un sistema circular y perfecto, en el que los argumentos aparecen bien trabados uno tras otro y cuyo colofón es el origen del texto. Se inicia y se acaba con el mismo tema:

¡Señores, qué tarde tan redonda, en la que no faltó el claroscuro que complacía a D. José Ortega y Gasset! Tarde de toros mansos para dos toreros con pundonor, que dieron a la corrida la emoción que tanto echamos de menos en la lidia de los borreguetes. Tarde de Sevilla. Y por la Maestranza, el aire azul y fragante de la torería. ¡Al aire del triunfo de nombres toreros de Jaime Ostos y Paco Camino!⁸

Sin duda que el trabajo de cronista taurino de Antonio Díaz-Cañabate enseñó a sus contemporáneos el toro de otro modo. A su generación la sacó de los jardines de su Versalles taurino para mostrarles las enfermedades más dolorosas que padecía la Tauromaquia del inicio de los sesenta. Siempre apostó por la crítica seria y rigurosa, por el detalle importante que no debía perderse entre el proceloso mar de la propaganda y las proclamas triunfalistas de las revistas especializadas cargadas de firmas *sobrecogedoras* y cortesías alambicadas que escondían un sucio negocio.

Dominador del lenguaje imprimió a sus crónicas un bamiz de absoluta madurez. Díaz-Cañabate perdió en rigor informativo lo que ganó, que es mucho, en poder alusivo, en concentración de significado y en recreación de climas y ambientes. En estas crónicas seleccionadas son tan importantes las pinceladas de la atmósfera sevillana como su técnica narrativa, manejada con soltura.

La atención a la psicología de los personajes, sin psicologismo, el cuidado de los detalles, que bastan para dar de modo lacónico un paisaje, una situación o un talante, el buceo en los problemas de la fiesta, confieren a las crónicas taurinas un estatus peculiar y artístico. Díaz-Cañabate se muestra preciso, exacto pero a la vez sugerente y connotador.

7 Véase la crónica de la tercera de feria. "¡Vaya tela" en ABC (Madrid); 3-05-1962. P. 70

8 Véase la crónica de la primera de feria. "El aire sevillano" en ABC (Madrid); 1-05-1962. P. 50.

Primera corrida de la feria de Sevilla (1962).

EL AIRE SEVILLANO.

Sevilla 30. (De nuestro enviado especial, por teletipo.). ¡Qué bonito llegar a Sevilla por el aire! ¡Qué ensueño caer del cielo en tierra de Sevilla! Es mediodía cuando llega el avión. Al pie mismo de la escalerilla nos recibe el aire sevillano. ¡Y con qué cortesía! Nos envuelve en amabilidad, en dulzura. Es un aire azul. Es un aire fragante, que con nosotros se dirige a la ciudad. Vísperas del comienzo de la feria. Aun no se han vestido las mocitas sus trajes de faralaes. Aun no cabalgan los caballistas, ni ruedan los enganches. Todavía están apagadas las castañuelas. Pero esta tarde hay toros. Y a los toros vamos del brazo del aire. En esta insigne ciudad, el aire es como un amigo, como una novia. En ninguna ciudad se derrama como en Sevilla y en ningún lugar de Sevilla como en la plaza de la Maestranza. Se diría que es palpable; se diría que es como una masa de espectadores suspendida en el azul o asentada en una nube blanca. El aire de Sevilla es un aire torero. Torear acariciado por él supone torear como los ángeles y así han toreado esta tarde Jaime Ostos y Paco Camino.

A la feria de Sevilla he venido con la ilusión de ver toros y no borregos. Toros he visto de D. Ricardo Arellano Gamero-Cívico. Mansos, pero toros. Ninguno se nos figuró un borrego. Salvo el primero, los cinco restantes fueron mansos con el caballo y con el torero. El aire sevillano empujó a Ostos y a Camino y derrumbó a Curro Romero. ¡Jugarretas del aire con sus tres paisanos!

Al primero, el vientecillo le dejó quieto en el primer tercio. Embistió con desgana al capote de Ostos. Tomó dos varas bien. Y a la muleta de Jaime llegó tarde. ¡Airecito de Sevilla, y cómo se empapa en la muleta del ecijano! La muleta en la mano izquierda embarcaba al toro, que cuando se decide va boyante. Jaime alargaba su brazo. El pase natural ascendía por los aires. Solo pases naturales empleó el torero. Los cabales en número. Los cabales en arte. El aire y el torero se estaban quietos. La muleta se movía a impulsos misteriosos. El pase natural trazaba rayas en el entusiasmo de la gente. Faena corta en extensión, larga en calidad. El toro se cuadra, porque como dicen los toreros estaba “cocido”, esto es, dominado. Jaime Ostos entra a matar. Y vimos en toda su hermosura la suerte suprema del volapié. ¡Inolvidable volapié que abre la feria de Sevilla con clamores de alegrías! Hemos visto matar un toro con entera belleza. Ostos corta oreja.

El segundo nada más embestir al capote de Curro Romero le hace un extraño. Los extraños que hacen los toros. ¡Ah!, pero dentro de este movimiento anormal iba escondido el maleficio de un aire que abatió a Curro Romero. Tarde aciaga, que, como dice la letra del tango, no tiene disculpa, no tiene perdón. Curro, visiblemente desconfiado, empezó toreado con la muleta por bajo. Procura enderezarse con unos pases en redondo, despegados. Inició un molinete a destiempo, y el toro le cogió y le desgarró la taleguilla. Y el torero de Camas se acuesta en su indolencia, abrigado con mantas de pavor, y acostado permaneció hasta el final de la corrida. Cuatro pinchazos sin soltera, a cual más medroso. El toro le tropieza y le derriba. Nuevo desgarrón en el vestido negro y plata. Descompuesto, medrosísimo señala media. Un intento de descabello. Una estocada. Un aviso. Cinco intentos más de descabellos.

El tercero no quería más que huir. Manso de toda mansedumbre. ¿Y qué importa? Dijo Ostos en su quite. Para los mansos está el coraje de los toreros, y Ostos se juega el tipo en unas valerosísimas chicuelinas. Y el aire grita su júbilo. La faena de muleta de Camino fue ejemplar. Sigo en mis trece. Prefiero mil veces un toro manso a un bravucón borrego. Con una condición; que al toro un manso se le enfrente un torero con valor, con arte y con conocimiento. ¿He dicho algo? Pues estas tres bicocas se reunieron en Paco Camino. No me duelen prendas. Ningún torero de los antiguos se hubiera atrevido a citar a aquel manso con la izquierda. Ninguno le hubiera toreado como le toreó este muchachito. ¡Vengan toros mansos con toreros valientes! ¡Al diablo las peritas en dulce, que se las come cualquiera! Ejemplar faena que me ayuda inapreciablemente a seguir en mis trece. En el toreo lo meritorio es resolver problemas. Un pinchazo y una estocada entrando con ganas. El presidente no concede la oreja, y Camino pasea en triunfo el ruedo dos veces.

Manso es el cuarto. Bueno y ¿qué? El “Vito” y Luis González le parean como si fuera bravo, y las banderillas se clavan como dardos desprendidos del aire. Ostos le obliga a embestir con la muleta en la derecha. ¡Y cómo se airea el garbo de la valentía y cómo se produce el milagro de sacar agua de un pozo seco! ¡Vivan los toros mansos en el aire de los toreros valientes! Un pinchazo sin soltar pero entrando recto. Más recto aún entra la segunda vez. ¡Al aire los pañuelos, que el toro está sin puntilla! A los toros mansos se les mata así. Es mi constante pío, pío. Gracias, Jaime Ostos por darme la razón. Una oreja. ¡Orejas de los toros mansos, que son las que quiero en las manos de los toreros!

Al quinto no le quiso ni ver Curro Romero. ¡Qué pena de su majeza por los suelos! Faena de muleta por la cara, huye que te huye, descompuesto, pálido. ¡Tan moreno como es! El tango tiene razón. No tiene disculpa, no tiene perdón. Ostos y Camino le demostraron que también a los mansos se les puede torear bien y matar mejor. A pellizcos bochornosos mató el abatido Curro Romero.

¡Diferencia con la magnífica estocada que propinó al sexto Camino! Manso que le tomó la muleta. ¿Y por qué se la tomó? Aquí está la gracia torera. Porque Camino quiso, porque puso en la porfía lo de marras, arte, valor y conocimiento.

Arte, valor y conocimiento, que le valió una oreja y al presidente una bronca por no concederle la otra.

¡Señores, qué tarde tan redonda, en la que no faltó el claroscuro que complacía a D. José Ortega y Gasset! Tarde de toros mansos para dos toreros con pundonor, que dieron a la corrida la emoción que tanto echamos de menos en la lidia de los borreguetes. Tarde de Sevilla. Y por la Maestranza, el aire azul y fragante de la torería. ¡Al aire del triunfo los nombres toreros de Jaime Ostos y Paco Camino! ANTONIO DÍAZ-CAÑABATE.

Segunda corrida de la feria de Sevilla (1962).

LA GIRALDA, AL QUITA DE LOS TOROS DE HOY.

Sevilla 1. (Crónica de nuestro crítico, enviado especial.) Se me perdonará que hable de la Giralda, que tan cansada estará la pobre de oír tantos requiebros en prosa y verso. Pero no tengo más remedio. Por ninguna otra cambio mi localidad en la plaza de la Maestranza, enfrentito de la Giralda. Ayer no la vi. Ayer habían en el ruedo toros de ... ayer. Hoy hubo toros de... hoy. Los carteles anunciaban: "Seis bravos toros, seis, de la ganadería de D. Alipio Pérez T. Sanchón." En efecto, salieron seis carneros merinos con una facha de toros que asustaba. Impecables de trapío. Con sus caras cuatrefías. Con sus cuernos desarrollados y con los siguientes pesos: 513, 498, 525, 495, 547 y 480. No les faltaba detalle de toro. Bueno pues resultaron seis carneros merinos. Con una particularidad: que apenas se podían tener en pie. En cuanto hacían el menor esfuerzo se les doblaban sus patitas. Si las mantenían firmes era porque ese mínimo esfuerzo de embestir apenas lo realizaban. Andaban tras los capotes, tras la muleta con el mismo paso borreguil con que las ovejas siguen al pastor allá por entre las encinas de los campos salmantinos. El sexto se pasó de la raya. ¡Infeliz corderito al que disfrazaron de toro! ¿Quién le metió en el cajón? ¿Quién te trajo a lucirte en la feria de Sevilla? Se lució el que te trajo, corderito merino de Motilla de los Caños. Corderito endeble, de patas de alambre, que hechas para un merino no podían sostener 480 kilos, propios para un toro. ¡te caías a cada paso, pacífica ovejuela! ¡Y mira tú qué malos son los hombres! Un señor montado en un caballo introdujo alevosamente un trozo de acero en tus delicadas, en tus frágiles carnes. ¡Qué malo, qué perverso ese hombre, y qué daño te hizo a ti, corderito salmantino! Menos mal que no insistieron en castigarte. Con sus compañeros de rebaño, algo más fuertes, tampoco se ensañaron los crueles hombrea a caballo. Al primero, al segundo y al cuarto les pincharon dos veces. Al tercero y al quinto, una vez. En total, ¡nueve varas! Muchas para unos corderos. Poquísimas para unos toros.

¿Y qué pasó con esos animalitos? Pues lo que tenía que pasar. Que, como se dice ahora, no eran aptos para ser lidiados en corrida de toros. Señores ganaderos: ya no se trata de que los toros sean bravos o mansos. Se trata de que sean toros. El procedimiento para conseguirlo es muy sencillo. Ustedes lo saben de sobra. Consiste en que en las tientas no se dé preferencias a las becerras pastueñas que con el caballo del tentador se portan tal cual y del torero aceptan sin fatiga y sin mover su cabecita cuarenta o cincuenta de los llamados pases. Consiste en que busquen la casta, la perdida casta desaparecida en aras del toreo moderno. Porque ustedes lo saben de sobra. Los toros se caen porque no tienen casta. Los toros embisten lánguidamente porque no tienen casta. Y no le demos vueltas. Los toros sin casta se transforman en borregos. Hora es ya de que no hagan ustedes caso de los toreros. ¿Qué han hecho hoy los toreros con los borregos? Lo que han podido, porque han puesto voluntad y recursos: pero todo lo que se hace a un borrego carece de la emoción imprescindible en la fiesta, y la gente se interesa poco muy poco con lo que ocurre en el ruedo.

Aquí la Giralda. Ayer no la vimos. Hoy la teníamos toda la tarde delante de los ojos. La Giralda hacía el quite a los toros de hoy. El quite al aburrimiento. El quite a la monotonía. La Giralda nos embelesa con su gallardía. Nos timábamos con los cinco ojos de sus cinco visibles ventanas. Ayer te despreciamos, Giralda de los poetas, porque ayer había emoción

en el ruedo. La emoción de los toros de ayer. Mansos, pero toros. ¡Figúrate si salieran toros bravos lo que pasaría, Giralda hechicera!

Jaime Ostos era el mismo torero de ayer. Animoso, valiente, seguro, con afanes de depurar su arte. Y, sin embargo, no parecía el mismo. ¿Y por qué? Por los borregos. Porque ayer hubo toros que daban emoción y hoy borregos que la borran. Muy bien toreó de muleta al primero; muy bien lo mató de un pinchazo, sin soltar, y una estocada: pero faltaba algo, faltaba el toro. Dio la vuelta al ruedo. El cuarto era de una lentitud desesperante en seguir a la muleta. Imposible torearle como si fuera un toro. Pudo, eso sí, matarlo como si fuera un borrego: pero Jaime no se estrechó demasiado en su pinchazo, sin soltar y en una estocada.

Diego Puerta le echó alegría y coraje y deseos a sus dos faenas de muleta. Bien necesitaban todo esto los animalitos. Pero todo se estrella ante la falta de emoción de un borrego. Al segundo lo mató de dos pinchazos, sin soltar, y una estocada desprendida. Al cuarto, de una buena estocada sin puntilla, ejecutada con valentía, pero con el defecto de quedarse en la cara. Como la faena había sido bulliciosa, variada, lograda a momentos, le concedieron una oreja.

“El Viti”, nuevo en esta plaza, apenas pudo apuntar la suavidad de su toreo con el tercer borrego, al que mató mal, de un pinchazo, media y seis descabellos. Como al sexto lo tumbaba el insignificante aire que levantaba la muleta, tuvo que limitarse a matarlo de un pinchazo, sin soltar, media. Notarán ustedes lo que se abundan los pinchazos sin soltar. Es una plaga. Sería conveniente que los matadores aprendieran que un estoque no es un alfiler, ni un toro un acerico pero aunque lo fueran, porque también los alfileres se abandonan en los acericos.

¡Buenos quites has hecho a los toros hoy, Giralda de los moros! Los ojos te buscaban y los ojos te encontraban, dorada por el sol de los siglos, esbelta en los cielos azules, quitadora del aburrimiento, ahuyentadora de la monotonía. ANTONIO DÍAZ-CAÑABATE.

Tercera corrida de la feria de Sevilla (1962).

¡VAYA TELA!

Sevilla 2. (Crónica telefónica de nuestro crítico enviado especial.) Esta expresión tan sevillana de ¡vaya tela! Lo mismo se emplea ponderativa que peyorativamente. Se dice de una mujer guapa: ¡vaya tela! Se dice de una mujer con bigote: ¡vaya tela! En el tonillo está la diferencia. ¡Y qué bien aplican el tonillo conveniente estos sevillanos, dueños de la gracia del acento cantarín! A la salida de la tercera de Feria se oía: ¡vaya tela! La corrida había sido una lata.

La cosa empezó con aire de égloga. El primer toro de D. Antonio Pérez, de San Fernando, buen mozo de 546 kilos, al segundo lance de Diego Puerta se despojó de su arrogante traza de toro bravo. Dobló su patatas con el mimo de un corderito recental, y no se puso a balar lastimeramente llamando a su mamá tal vez por el qué dirán. Tomó una vara. Se cayó. El presidente tuvo compasión de su debilidad. Banderillas. Se derrumban por la arena el recental. ¡Bee, bee! Diría en el suelo por lo bajines. Y más tiempo en el albero que en pie soportó unos pases de Diego Puerta. En una primera fila de palco una hermosa muchacha exclamó indignada: “¿Y

para esto me he puesto la mantilla blanca de la bisabuela, que vio a “Lagartijo” y a “Frascuero”? Estaba por quitármela.” Pero no se la quitó. ¡Se sentía tan guapa con ella! Diego Puerta acabó con el recental de una estocada.

¡Dios mío de mi alma! ¿Vamos a presenciar una borregada como la de ayer? El segundo tenía buenos 494 kilos. A las pocas carreras que se pegó, sus manitas que se doblan. ¡Cierto son los toros..., digo, los borregos! Una vara y el tararí banderillero. ¡Y los toreros, que andaban todos temerosos de lo que iba a pasar con la puya de cruceta! Ya estarán tranquilos. Como sigan saliendo estos toros se les picará con la vara de un monosabio y sobraré vara. El toro se repone algo en el segundo tercio. Menos mal. Paco Camino se dirige a él muy decidido. El toro embiste. Paco Camino lo torea por naturales. Y en esto, sin venir a cuento, ¡cataplum!, al suelo el toro. Pero ¿Cuándo vamos a tener un poco de formalidad, señores borregos? ¿No estabas embistiendo por derecho? Y el toro se da cuenta y se formaliza. Un toro típico del estilo que han querido y sabido crear los ganaderos. Un toro que embiste con una suavidad increíble, obediente, sumiso a los vuelos de la muleta. El toro ideal. El toro soñado. El toro de los cuarenta pases. ¡Magnífico! ¡Soberbio! Paco Camino torea. Izquierda. Derecha. Izquierda. Perfecto. Y la gente aplaude, pero sin calor. ¿Por qué? Falta algo. Falta la fiereza del toro. Esta ausencia de calor del público me anima mucho. ¿Será posible que ya estén cansados de los toros tontones de los cuarenta pases? Paco Camino lo mata, pero que muy bien, de una estocada. Le conceden una oreja. La pasea, la gente aplaude pero sin calor.

Y de aquí en adelante ¡vaya tela de corrida! Los cuatro toros restantes ya hicieron cosas de toros. Había que torearlos. Y los toreros no les torearón como convenía a sus pequeñas dificultades. Pretendieron ejecutar el toreo borreguil.

El tercero tomó una vara bien y otra mal. “Limeño”, que sustituía a Victoriano Valencia, le prodigó pases con la derecha y con la izquierda, todos cortos, sin mando, y se dejó coger estúpidamente. Una media. Tres pinchazos. Una estocada.

¡Cómo bosteza la linda señorita de la mantilla blanca, única que se vislumbra en el prodigioso marco de la Maestranza! Mantilla que vio a “Lagartijo” y a “Frascuero” ¿Serían mejores toreros Rafael y Salvador que éstos de ahora? ¡Qué lástima que la mantilla no sepa hablar!

El cuarto, con 500 kilos, nos asombra al derribar con mucho poder en la primera vara. ¿Fue la linda señorita o fue la primorosa mantilla la que se estremeció? Seguramente fue la damisela. La segunda la tomó bien. El presidente se conformó con estas dos pruebas porque pensaría: “no nos metamos en berenjenales y no vayamos a transformar al toro en borrego”. Diego Puerta se equivoca al empezar la faena de muleta, doblándose. Estos toros son de mirarme y no me toques demasiado. Las pocas arrancadas que tenía se malograron en la dobladas y pasó a la defensiva, y el torero le imitó ¡Vaya tela! Media estocada.

Con una varita que arde el quinto, el más esmirriado (469 kilos). Paco Camino no le ve claro, con la muleta, y esto es fatal. En cuantito un torero no lo ve claro, los demás lo vemos todo oscuro. La tarde es maravillosa, espléndida. ¡Qué pena aburrirse en una tarde así! Uno

de los claveles prendidos en la blanca mantilla resbala y cae como si fuera un toro. ¡Inteligente clavel donde los haya! Preferible era estar tumbado en el suelo que en lo alto de una mantilla aburriéndose de muerte. Paco Camino caza al toro de una estocada.

Al sexto de 536 kilos también lo cambian con una vara. Entre los seis tomaron ocho ¡Y de cruceta! ¡Mecachis en el demonio, y qué contrariedad que no pueda hablar la mantilla contemporánea de “Lagartijo” y “Frascuero”! Aunque lo bonito sería escuchar a Rafael y a Salvador comentar el hecho de que seis toros tomen entre los seis toros ocho varas. Me voy a poner muy pesado, señores ganaderos; pero esto no puede seguir de esta conformidad. Al toro se le podía torear, pero “Limeño”, pese a su buena voluntad, no pudo conseguirlo. Media estocada y ¡a la feria a darse un garbeo!

¡Vaya tela! ¡Vaya tela!, se oía por todos lados en los alrededores de la Maestranza a la salida de la corridita. Antonio DÍAZ-CAÑABATE.

Cuarta corrida de la feria de Sevilla (1962).

HAN LLEGADO LOS TOROS ANDALUCES.

Sevilla 3. (Crónica telegráfica de nuestro crítico taurino, enviado especial.) Ya desde el segundo día de la Feria se decía en los comentarios taurinos: “¡Veremos a ver cuándo lleguen los toros andaluces!”. Como es natural en Sevilla tienen mucho ambiente los toros salmantinos. Excelentes y prestigiosas vacadas pastan en los campos de Salamanca, pero, sin desdoro de ella, hay que reconocer que la buena solera de la sangre brava, de la sangre pudiéramos decir histórica, se encuentra en Andalucía. No han tenido fortuna las tres ganaderías que de Salamanca han venido a la Feria. Se han lidiado seguidas. Las cuatro que quedan son andaluzas. La gente estaba ansiosa de que llegaran. Ya han llegado. Reses de D. José Benítez Cubero, de las cuales ha sido desechada una y sustituida por otra de doña Carmen González de Ordóñez, corrida en quinto lugar. No ha sido muy aparatosa la corrida; más bien terciada. He aquí los pesos: 496, 469, 520, 483, 473, 462. pero ha sido una auténtica corrida de toros. No brava, ni mucho menos. Entre los seis han tomado trece varas. No son muchas ciertamente. Tenían, eso sí, embestida de toros, que es bastante importante. Hacían las cosas que hacen los toros, que son muy de considerar. Se les ha podido torear. Pero... han llegados los toros andaluces y se han ido los toreros. Los tres toreros que componían el cartel Manolo Vázquez, Curro Romero y “Mondeño”, no han hecho nada, absolutamente nada que con el toreo tuviera relación. Un gran maestro de la tauromaquia afirma que dar pases no es torear. Y los tres toreros de hoy han dado pases, no han toreado. Los pases son buenos para los borregos. A los toros auténticos es preciso torearlos.

Dificultades de las que disculpan la mala actuación de un torero no han presentado ninguno de los seis. Los dos mejores en el último tercio le correspondieron a “Mondeño”. Los desaprovechó. Sus pases carecieron de mando, no llegaban siquiera a medios pases, pues apenas engendrados “Mondeño” retiraba la muleta y así no hay forma ni de ver un toro ni de ver el toreo, el verdadero toreo, que consiste en parar, templar, mandar y cargar la suerte. El que más se aproximó en contados pases a este toreo fue Curro Romero, pero, ¡con qué desgana, con qué apatía, como si estuviera cumpliendo un enojoso trámite oficinesco! Y así tampoco hay forma.

Es urgente, es indispensable que los toreros aprendan a torear. ¿Se lo digo otra vez? ¡Sí señor! ¡Se lo voy a decir tantas más! Torear no es dar pases. Estamos pretendiendo que la Fiesta de los toros vuelva a su cauce natural. Estamos pretendiendo la autoridad, un grupo reducido de aficionados y otro de críticos que los toros vuelvan a ser toros, y los toreros, toreros. Porque para qué nos vamos a andar con rodeos. En estos últimos tiempos los toros eran borregos y los toreros paseantes alrededor de ellos. Muy poquitos eran y son los que sabían torear. Todos dan pases que se las pelaban. A los seis toros de hoy había que hacerles una faena construida, ligada. Había que torearles para reducirlos. Había que torearles para alumbrar la belleza del toreo, que jamás puede encontrarse en los pases prodigados al buen tuntún, al compás de la andadura de un borrego en busca de la postura afectada y fácil, y torpemente espectacular. El toreo es algo más profundo. El toreo es algo muchísimo más bello.

Hoy se ha podido ejecutar el arte de torear porque había toros que se prestaban a ello. Los toreros han estado ausentes. Los toreros no han sabido torear. Y lo malo para el público (tan bondadoso, tan dulce) es que tampoco han sabido dar pases. Han querido y no han podido, que todavía es más doloroso. ¿Y por qué, puesto que los tres dominan lo que llamaremos pases, por llamarlos de alguna manera? Pues porque había toros y no borregos.

Me estoy poniendo pesado, ya lo sé; pero más pesados han estado los toreros. Y sobre todo, porque considero que es preciso insistir, porque creo que estamos en un buen momento, que tenemos de nuestro lado a la autoridad. Algo, y aún algos, hemos conseguido con nuestra insistencia; de modo que, ¡adelante con los faroles; que esclarezcan la oscuridad en la que está sumida la fiesta, que debería ser luminosa, alegre, esplendente!

Manolo Vázquez inició muy bien su faena al primero con ayudados por bajo. Luego dio pases con la derecha y con la izquierda, y enseguida recurrió al aliño. Señaló un pinchazo. Y al entrar a matar la segunda vez, resultó cogido, afortunadamente sin más consecuencias que visitar la enfermería para cerciorarse que salió indemne del percance. Al cuarto lo trasteó por la cara y lo mató de cuatro pinchazos, dos de ellos sin soltar y dos descabellos.

Curro Romero, borrado con la capa. ¡Cómo se abrió y se cerró instantáneamente la esperanza del despliegue de su capote! Con la muleta, ya he dicho que apuntó unos pases con la derecha en ambos toros. Y sin dar uno en el clavo del toreo, mató al segundo de un pinchazo sin soltar y una estocada, y al quinto, de una estocada y dos descabellos.

“Mondeño” mató al tercero de un pinchazo y una estocada a toro arrancado, y al sexto, de una estocada.

Ya han llegado los toros andaluces. Bienvenidos sean a esta su casa de la Maestranza. Ahora, lo que hace falta es que, asimismo, los toreros que se dedican a venir no sólo vestidos de luces, sino también iluminados por dentro por el arte del toreo.

¡Compadre, vaya tela y retela! Al que le diga que los toros tuvieron la culpa de esta tela y retela no le haga usted caso. Antonio DÍAZ-CAÑABATE.

Quinta de la Feria de Sevilla (1962).

LA MÚSICA EN LA MAESTRANZA

Sevilla 4. (Crónica telefónica de nuestro crítico taurino, enviado especial.) Cuando tocan a banderillas en el cuarto toro rompe a tocar la música. “El Vito” y Luis González han cogido los palos. En todas las plazas, salvo en la de Madrid, suena la música durante algunas faenas de muleta y cuando banderillea un matador. En Sevilla, el director de la banda es un buen aficionado, y sin que se lo pida el público ataca el pasodoble en el momento que el torero se ha centrado con el toro, y lo suspende también en el instante en que la faena va para abajo, sin perjuicio de reanudarla si vuelve a subir el tono de los pases. El director de la banda sabe que “El Vito” y Luis González es la pareja banderillera más completa que pisa los ruedos. No salen a tirar los garapullos donde caigan, como hacen la mayor parte de sus compañeros. Salen a ejecutar la suerte de banderillas. Naturalmente, no siempre el buen éxito les acompaña, pero siempre se esmeran en alcanzarlo. El director de la banda lo sabe, y por eso, sin voces que lo reclamen, el pasodoble se une a los andares de los dos banderilleros que procuran dignificar y resaltar una suerte tan abandonada y tan bella. No sé si lo he dicho y alguna vez. Es posible, pero no está de más repetirlo. La música del pasodoble parece hecha para resonar en la plaza de la Maestranza. Sus arcos y sus columnas dan la impresión que de un momento a otro van a arrancarse con unos pasos de baile. ¿Oirá la música el torero? Es de suponer que sí, y es de suponer que lo enardezca. En los oídos de los espectadores el pasodoble brinca y cosquillea con un alegre repiqueteo que no sentimos en otras plazas.

Banderillas en mano van los banderilleros. “El Vito” de andares flamencos, se contonea y avanza a pasitos. El toro se encampana como para mejor oír el pasodoble. A pasitos le llega “El Vito” (nombre de baile) y cuarteo un par en ese sitio tan bonito que se llama las péndolas. ¡Banderillas blancas en el toro negro, que enhiestas se quedan como dos cirios que pretenden competir con la luz del sol! Otro buen par de Luis González. Un tercero de “El Vito” cuando el pasodoble se agita con la intervención de todo el metal. Las palmas de una ovación. Estas palmas andaluzas que suenan rítmicas y salerosas, acallan la música. Los banderilleros corresponden al entusiasmo con sus saludos. Toque de clarines. Jaime Ostos reclama su montera. Toma la muleta y el estoque de matar, porque Jaime Ostos es matador de toros y no toreador de espadas de madera. Brinda a su ejemplar cuadrilla. Al hilo de las tablas espera al toro haciendo el poste, fea costumbre que debe desterrar Jaime Ostos. Un derrote del toro le alcanza, creo que en un brazo. Y desiste de tan fácil pase. El director de la banda lo adivina. Jaime Ostos va a torear a un toro con genio y con cuajo de toro. El pasodoble se deslía en el aire como un vuelo de pájaros cantores. La muleta en la mano izquierda. Acude pujante el toro. Y por el azul revuelan cuatro pases naturales como cuatro acordes de una música genial. Ya no oímos el pasodoble porque lo apagó la música del toreo. Cuatro naturales como cuatro trompetazos de una marcha triunfal. Uno de pecho. Más naturales, que nos llegan con sordina en tono menor, como solos de un violín, y tras el de pecho, otros dos naturales, uno de pecho, un natural, uno de pecho, ligados como una melodía de Rossini, deslumbrantes de armonía, ritmo, elegancia y profundidad como unas notas de Beethoven. Y el toro se iguala porque la música domina a las fieras. El silencio de un calderón, presagio de un final retumbante. Un perfecto volapié que nos estremece como los compases de “El amor brujo” de Falla. ¡Patás arriba el toro! Nieve en mayo. Nieve sobre los tendidos de la Maestranza. Las dos orejas. Dos

vueltas al ruedo. Hemos visto un toro y un torero reunidos en una faena completa. Hemos oído la música del toreo, que me atrevo a llamarla divina.

¡Con qué omnipotencia se apodera el miedo de un hombre en pleno vigor de su mocedad! Es algo terrible. Apresado por un terror pánico indomable, salió Curro Romero a estar en la plaza, como un náufrago. No intentó torear ni con la capa ni con la muleta. El miedo no le dejaba. El miedo es un tirano implacable. Huyendo, mató al segundo de tres pinchazos sin soltar y media. Y al quinto, de media y un pinchazo sin soltar, amén de varios descabellos.

“El Viti” se equivocó con el tercero. Pidió el cambio después de la segunda vara. ¡Con la muleta te espero!, se dijo el toro. Y lo esperó. “El Viti” empezó a darle pases con la derecha, sin mandar, y, por lo tanto, sin doblegarle. El toro era un toro serio. Y los toros serios no admiten pases. Y en vista de que el torero no le toreaba, le toreó el toro, que es lo peor que le puede ocurrir a un torero. Y “El Viti” se abandonó, no luchó para imponerse, y en cuanto por casualidad se le cuadró, entró a matar muy bien y le tumbó de una estocada. Pero esta buena estocada no pudo hacer olvidar a los aficionados sevillanos su fallo muleteril. El sexto era manso, y “El Viti” no se empleó, como hizo el Domingo de Ramos en Toledo. Hizo mal, porque su paso por la feria no ha podido ser más gris. Mató al manso de un pinchazo sin soltar y media. Con la capa se paró en algunos lances, cortitos, sin jugar bien los brazos.

Jaime Ostos en el primero estuvo muy valiente con la muleta, pero este valor no le acompañó a la hora de matar. Cuatro pinchazos y media necesitó para matarlo.

Me gustó la corrida de D. Rafael Peralta. Salvo el sexto, manso del todo, los restantes tuvieron raza y se comportaron, en conjunto, con los caballos con codicia, derribando en tres ocasiones con fiereza, y en sus embestidas a los toreros acusaron casta de la buena. Dieciocho varas tomaron, y aún pudieron aguantar más sin detrimento de su poderío.

Aún suenan en mis oídos la música del toreo. ¿Cuándo volveremos a oírla? Antonio DÍAZ-CAÑABATE.

Sexta corrida de la feria de Sevilla (1962).

EL CALOR Y EL FRÍO

Sevilla 5. (Crónica telefónica de nuestro crítico taurino, enviado especial.) Hasta las dos de la tarde no se anima la Feria de caballistas. A las dos de la tarde cae el sol a plomo. Un sol veraniego. La calor sevillana no se parece a ninguna otra. Es femenina, porque es como una mujer ubérrima de carnes, que suda uno nada más verla. El calor no es nada comparado con el calor. A los caballistas les importa un pito. Ellos también caen a plomo sobre el caballo. Es decir, pretenden caer, porque por la Feria circulan algunos jinetes que da pena verlos. Cabalgan tan envarados como si estuvieran muy quietos para salir bien en un retrato. A mí las que me gustan son las amazonas que montan a mujeriega. ¡qué elegante su postura, con qué gracia se extienden la amplia falda! Las mujeres vestidas de hombre no están bien ni a caballo.

-Paquillo, ¿vas a los toros?

-A los toros voy.

-¿Con la calor que hace?

-Precisamente por eso, en los toros se enfría uno.

La entrada más floja de la Feria. Claros en el sol. La calor aprieta. Sale el primer toro del marqués de Villamarta. Un torito, 461 kilos pesa. Toma dos varas. En la primera derriba con calorías. Se enfría en la segunda. Manolo Vázquez viste de color esperanza: verde y oro. ¡A ver si es tu tarde, Manolo!... Empieza la faena de muleta por alto. Tres buenos naturales. ¡Ele, la gracia de la calor sevillana! Manolo quiere refrescarse; se aparta del toro y lo cita de lejos. El toro obedece, pero no a la muleta: coge al torero y lo busca en el suelo. ¿Le ha hecho algo? No. No le ha lecho nada. Descalzo, reanuda su faena Manolo. Pero como es natural el revolcón le ha enfriado, aunque le echa su miajita de coraje a unos pases con la derecha. No entra mal a matar, y consigue una estocada en el rincón. Y Manolo da merecida vuelta al ruedo.

Se me olvidó apuntar el peso del segundo, pero también es un torito que se arranca alegre en la primera vara y se sale suelto, defecto que repite en la segunda y en la tercera. Diego Puerta, como sus dos compañeros, brinda al gobernador civil, D. Hermenegildo Altozano, que acaba de cesar en su cargo, y al que la gente aplaude con calor. Calurosa es la faena de Dieguito comenzada por dos ayudados por bajo, excelentes. Carga la suerte en unos en redondo, con garbo y valentía. Sigue por ese cante un tantico más apagado. Naturales valerosos. Y ya embalado, se entrega a los círculos, que a mí me enfrían y a las gentes enardece. Buena faena. ¡A matar! Y Dieguito se perfila fuera del pitón. ¿A qué ese enfriamiento, Dieguito de mi alma? ¡Si tenías el triunfo en la mano de la espada! Un pinchazo sin saltar. Otro. Otro que se ahonda. Dos descabellos. Vuelta al ruedo, más bien fría.

El tercero no ha comido demasiado: 464 kilos. Tres varas, saliéndose suelto en las dos primeras. Y “Mondeño” nos deja tiritando con su sempiterna faena de muleta. Mondeño luce un precioso vestido blanco y plata, y es talmente como una barra de hielo que da medios pases. Estocada en el rincón.

El cuarto ya tiene más aparato: 502 kilos. Mucha fachada, y menos fuerza que un borrego andaluz. Se cae. Toma dos varas sin codicia. Se cae. ¡Vaya, hombre! ¿Con que también borreguitos andaluces, eh? Esto no estaba en el programa. Manolo Vázquez, frío, frío con la muleta. Pasecillos al borreguillo. Un pinchazo y una estocada en el rincón. ¡Qué bien hemos aprendido todos el camino del socorrido rincón!

El quinto de 491 kilos, es otro borrego que sólo admite una vara. Porque se cae el infeliz. ¡Borregos en los campos andaluces, tierra de toros bravos! ¡Quién nos lo iba a decir! Diego Puerta torca frío, frío con la derecha. Se cambia de mano, y el director de la Banda se anima. ¡A ésta es! Y toca la música a tiempo que Dieguito se lanza al natural. Lanzarse y caerse el borrego, fue todo uno. Y no se había levantado del suelo, cuando enmudeció el pasodoble. ¡Menudo el director de la Banda! ¡Y menudo el borrego andaluz! Media estocada acaba con él.

Cuatrocientos ochenta y cuatro kilos pesa el sexto. Toma mal cuatro varas. No se cae pero es otro borrego y van tres. ¡Tres eran, tres, los borregos andaluces! ¿Habrá más? Mucho me lo temo. Señores ganaderos: mucho ojo a las tientas. “Mondeño” se encuentra muy a gusto con el borreguete. Lo comprendo. Y sobreviene el deshielo. “Mondeño” torea con calor sin abandonar su empaque, su serenidad tan meritoria y se marca unas manoletinas (las únicas que hemos visto en la Feria) tan personales. Resuelve una situación comprometida con admirable valor, y complace al respetable público que le aplaude, con toda justicia, calurosamente. Ovación que se acrecienta al matar de una estocada. Y “Mondeño” se lleva una oreja, ganada a ley.

Noche de sábado. ¡La calor que hace en la Feria! ¡Lo bonita que está la Feria inundada de gentío! ¡Vamos a tomarnos unas copitas, que ya no nos queda más que una corrida: la de Miura! ¿Miura, dijiste? ¡Echa vino, montañaés, que lo paga don Eduardo. Antonio DÍAZ-CAÑABATE.

Séptima corrida de la feria de Sevilla (1962).

LAS COSAS DE LOS MIURAS

Sevilla 6. (Crónica telefónica de nuestro crítico taurino, enviado especial.) Los toros de Miura son los únicos que tienen “cosas,” esas cosas que también tienen algunas personas y que, por regla general, les favorecen mucho. Es una especie de salvoconducto para hacer lo que les da la gana, porque todo el mundo disculpa las cosas de Fulano. Las cosas de los miuras radica en su forma de ser. No se parecen a los otros toros. Indudablemente, son más listos. Algunos desarrollan su poquito o su muchito de mal genio. Los toreros dicen que los toros de Miura no son de fiar. Los hay que están embistiendo muy tranquilos, y, de pronto, hacen la barrabasada. Las cosas de los miuras preocupan mucho a los toreros, tanto, que, ahora que se acabó eso del romanticismo, los que se encuentran en candelero no quiere ver uno ni pintado por aquel gran pintor de toros que se llamó Juliá. Antaño, no torear la corrida de Miura en las principales ferias era inadmisibile para aquella sana afición que pasó a la Historia. Hoy han toreado los miuras en Sevilla, “Miguelín,” José Julio y “Limeño.” Los de tronío se marcharon; el que más cerca de Barcelona.

La primera cosa de los miuras es que su leyenda llena las plazas. La sola ganadería taquillera. El lleno completo y total de esta feria, como la de todas, ha sido la corrida de Miura. Muchos sevillanos sólo asisten a este festejo a ver las cosas de los miuras, que nunca fallan.

Primeramente, Ángel Peralta mató de un certero rejón a un novillo de su ganadería. Muy brillante fue su actuación, premiada con una oreja. Ángel Peralta demostró su maestría de caballista, y su facilidad de rejoneador. Admirable en verdad un par de banderillas colocado con las dos manos. El caballo, diestramente conducido, buscó al novillo, se reunió con él, y el caballero, con soltura, gracia y habilidad, banderilleó superiormente, infinitamente mejor que muchos rehileteros de a pie.

Otra cosita de los miuras. Su presencia, su trapío, su peso. ¡Desganados que estaban los pobrecitos! ¡No pesaron más que estos cuantos kilos! 585, 574, 585, 593, 597, 630. Se sabía

en los tendidos el peso del último: el de los 630. Se le esperaba con ansia. Se miraba con compasión a “Limeño,” que era el que lo iba a matar. ¿Qué hará? “Pues que va a hacer –dijo uno–: torearlo, que a eso ha venido, y no de mozo de cuerda”.

La corrida resultó totalmente mansa con los caballos. Con ese peso, con esa fuerza, no derribaron ni una sola vez, prueba inequívoca de su falta de codicia, porque con sólo haber soplado un poco, un caballo les duraba en pie el tiempo de un suspiro. Tomaron en total veintidós varas, pero este elevado número no indica más que la necesidad de castigarlos y no que las aceptaran con un mínimo de bravura.

Y vamos con sus cosas. El primero llegó a la muleta de “Miguelín” como si no fuera de Miura. Pero “Miguelín” no las tenía todas consigo. Empezó con la derecha desconfiado. No acabó de confiarse ni aún al comprobar la claridad y nobleza de su embestida. Y en vista de ello, recurrió a lo fácil. Se puso de espaldas, bueno, de medio lado, ¡por si las cosas!, y en esta incómoda y antitorera postura le arreó una patada y unos llamémosles pases, y bofetada que te atizo. ¡Cómo sería el de Miura de noblote, que soportó tales afrentas sin inmutarse! ¡Lástima de toro, el único boyante de los seis! Murió de un pinchazo y medio en el rincón, que ya no es de Ordóñez, sino de toda la torería.

El segundo era un marmolillo que andaba para atrás. ¡Vaya regalito un miura que anda para atrás, sin saber cuando se va a arrancar “p’alante.” José Julio hizo lo que se podía hacer. Torearle por la cara, atento a que no se saliera por una cosa. Lo mató con fatigas, de dos pinchazos y tres medias, teniendo la suerte de descordarlo.

“Limeño” toreó muy decidido y compuesto con la capa, al tercero. En la primera vara, el picador le hace tanta sangre que se la veía caer en continuo fluir. “Limeño” pide el cambio y el presidente no accede. Otra vara. Y el toro, en la muleta acusa la mucha sangre perdida. Va poco y Limeño lo torea con la izquierda y con la derecha, tirando de él con buenas maneras. Un pinchazo. Y al propinar una estocada se quedó en la cara y el toro le coge, y en cuanto lo ve en el suelo, se precipita sobre él como un rayo, como no había embestido de ligero en toda su lidia. ¡Cosas de los miuras! Por fortuna, no le prendió. “Limeño” da la vuelta al ruedo.

Una cosita del cuarto. De salida, parte limpiamente un capote por la mitad. Y la gente pensaba de buena fe: “¡Figúrate si coge así a un torero!” La gente también tiene sus cosas. “Miguelín” no cesó de acordarse del partido capote ni un solo instante durante la faena de muleta. Igual hubiera hecho yo, pero por eso no he sido torero. Alargándole el pico de la muleta, se estuvo un ratito. No pudimos saber si el miura tenía cosas o no. Dos pinchazos sin soltar y media.

Al quinto José Julio lo torea de capa con valor. Inexplicablemente, coge las banderillas. Y sólo pudo prender medio par. Otro cayó en la arena. El toro se quedaba corto en la muleta y el animoso portugués no pudo torearle. Tres pinchazos, media y una estocada.

¡Ya están aquí los 630 kilos! Todo el mundo los piropea. ¡Qué hermosura de toro! Me gustaría saber lo que piensa “Limeño” mientras tanto. Corre que se las pela el gordinflón. La

gente, con su buena fe, espera ver despanzurrar a un caballo con peto y todo. Se queda con las ganas. El obeso se ha deshinchado y empuja como si fuera un alfeñique. Cuando ya lo están banderilleando ve a un caballo que se quedó rezagado. ¡Ésta es la mía: ahora veréis quien soy yo! Toma carrerilla y, nada más tocarlo, lo tumba con estrépito y le saca las tripas. ¿Habéis visto que fácil es? ¡Pues ya no vuelvo a embestir, ea, para que os fastidiéis! Y no embiste a la muleta de “Limeño.” Un pinchazo. Media estocada. ¿Y qué es eso para un toro de 630 kilos? Caricias de una espadita. Y el gordinflón empieza a dar vueltas a la plaza al hilo de las tablas, y todos los toreros detrás. Esto, antes, se veía mucho. Con los borregos es imposible. Y tiene su encanto, no vayan ustedes a creer. Por fin, cuando ya ha sonado el primer aviso, “Limeño” logra un pinchazo y una estocada.

Todos los toreros respiran hondo. ¡Se acabaron los miuras! Nosotros, también. ¡Se acabó la famosa feria sevillana! Antonio DÍAZ-CAÑABATE.

BIBLIOGRAFÍA.

- Díaz-Cañabate, A: *Historia de una taberna*. Madrid, Espasa-Calpe. 1997.
Gil González, J.C: “El planeta de Díaz-Cañabate”, en García Baquero y Romero de Solís: *Fiestas de toros y sociedad*. Sevilla, Fundación Real Maestranza de Caballería de Sevilla y Universidad de Sevilla. 2003.
Olmos, V: *Historia del ABC. 100 años claves en la historia de España*. Madrid, Plaza-Janés. 2002.

CRÓNICAS SELECCIONADAS.

- El aire sevillano. ABC (Madrid); 01-05-1962. P. 50.
La Giralda, al quiete de los toros de hoy. ABC (Madrid); 02-05-1962. P. 59.
¡Vaya tela! ABC (Madrid); 03-05-1962. P. 70.
Han llegado los toros andaluces. ABC (Madrid); 04-05-1962. P. 55.
La música en la Maestranza. ABC (Madrid); 05-05-1962. P. 56.
La calor y el frío. ABC (Madrid); 06-05-1962. P. 103.
Las cosas de los Miuras. ABC (Madrid); 07-05-1962. P. 67.